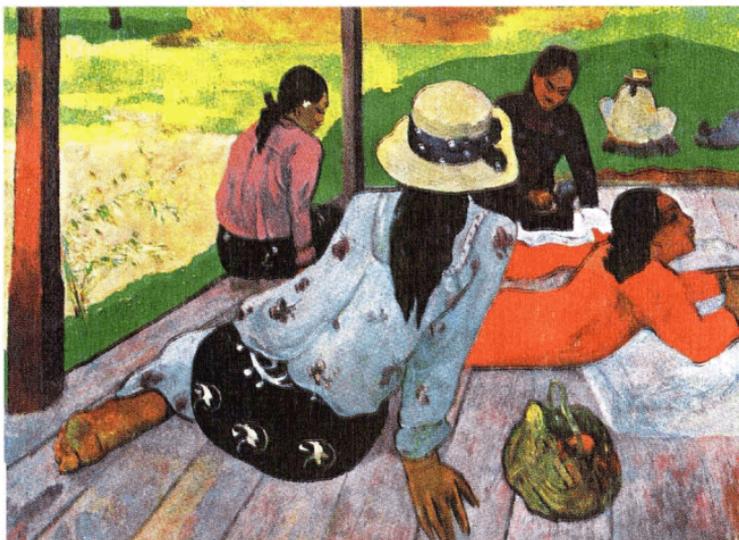


DOLORES CAMPOS-HERRERO



DAIQUIRI Y OTROS CUENTOS



LA CAJA
DE CANARIAS
CAJA INSULAR DE AHORROS DE CANARIAS

DOLORES CAMPOS-HERRERO

DAIQUIRI Y OTROS CUENTOS



Las Palmas de Gran Canaria

1988

Depósito Legal G.C. 139 - 1988

IMPRESA PEREZ GALDOS
Urb. Cebadal - Prof. Lozano, 25
35008 Las Palmas de Gran Canaria

INDICE

Daiquiri	7
Te miré con rabia porque Pound es mi poeta favorito	9
Y no será tarde	11
Hoy como ayer	13
Jade	15
El encuentro	17
Nadie sabrá como ha sido	19
Viajar contigo	21
Segunda Gioconda	23
Amado mío	25
Coleridge que tomaba opio	27
Hacia un país muy frío	29
Un cielo recortado de palmeras	31
Soñabas paraísos.....	33
Teresa, la alta	35
Las mil y una tardes.....	37
Infancia y confesiones	41
Anatomía de la melancolía	43

La condesa	45
Chin Chin	47
Error Flin	49
Encuentro en Vailima	52
Eddie y yo	55
“Lolita go home”	58
Ruleta rusa	61
Mi criado chino	63
Una noche en la OPEP	65
Nomeolvides	68
La flor de la canela	70
Eres tonto y en tu casa no lo saben	73
Fuego en vez de amor	75
Espérame en el cielo, “corasón”	77
Un asunto tenebroso	79
Tú no tienes corazón	81
Jacinto, la condesa y Carl	83

Daiquiri

Me siento frente a ti y te sonrío. Enemigos hasta la muerte: pienso. Pienso pero no digo. En cambio te sonrío y te brindo el primer daiquiri de la noche— sábado, selva, jungla de recuerdos—. En una esquina estaba la sorpresa y tus ojos que me esquivan —que me esquivaban siempre—; tus ojos atrapados, sin salida ante el azar.

“Princesa sube a mis ojos”, en realidad no dijiste pero tampoco yo me encaramé al oscuro, tenebroso, espeso bosque. Sino que, sonámbula, te tomé de la mano como la hechicera que ya ha elegido su víctima; como la sacerdotisa que te proporcionará un fin más elevado; un menos gris, menos mediocre, destino humano.

En realidad fue la multitud del parque de atracciones, la que te impidió deshacerte de mi como otras veces; en realidad, fueron los cuerpos que se multiplicaban bajo el calor, los que nos obligaron a una torpe sucesión de pasos. Y acabamos aquí, al borde del segundo daiquiri; y tú, fijo en el zafiro de mi anillo, en las serpientes entrelazadas o ¿llevaría el que simula un camafeo? Tal vez el cuchillo, la hoja filosa, había seccionado ya mis dedos y te mostraba, impúdica, la carne deshilachada y rota. Ni siquiera recuerdo en qué momento tuviste el mal gusto de hablar. “Princesa, podrás perdonar todo el daño que te he hecho”, creí escuchar cuando, en verdad, tus labios eran sólo un perfil durísimo y recto como la línea de un horizonte inmutable.

Y, al cuarto daiquiri, quise tocar tu piel renegada de maldito impostor; tu piel salitrosa y blanca, casi celestial a la luz blanca del trópico de cáncer. "Más daiquiri, camare-ro", grité. Y al filo del nuevo día, ya te había besado despacio, paladeando tu saliva de cicuta, láudano, estramonio, solanina y kif. Ya te había besado para que no preguntaras por qué. Aunque hubiera sido inútil responderle a un muerto.

Te miré con rabia porque Pound es mi poeta favorito

No debería haber sucedido; ha sido un sacrificio innecesario. Estábamos juntos; como siempre, leíamos un libro.

La tarde se puso violeta, ladraba algún perro. Me levanté a preparar té, tú me llamaste, yo me acerqué, recordamos algo que nos hizo reír.

Sonó el teléfono, había sido un error. El té húmeaba, me abracé al calor tibio de la loza azul.

Te colocaste las gafas, dijiste escucha esto y leíste: aún en sueños tu me has negado y enviado a una de tus doncellas. Unos versos de Ezra Pound. Pensé que yo ya había vivido aquella escena. Cerré los ojos. La noche se hizo espesa, ladraba algún perro.

Eran las nueve. Me arrojaste tres páginas de Ezra Pound hechas un nudo de papel, hechas una bola. Me fastidia este carca, gritaste, alborozado. Te miré con rabia porque Pound es mi poeta favorito. Dije, mierda, mierda, y te pegué un puntapié. Miau, miau, miau, respondías, tú en uno de tus accesos de tontería.

Entraba toda la noche por la ventana y por primera vez en muchos meses, un poco de frío. Hoy viajamos, me susurraste al oído. Me encantaría cenar en París, bromée.

Como Thomas de Quincey, como Coucteau, envueltos en humo, en bruma, en el hondo aroma de la yerba.

¿Y qué te parece el jardín de los senderos que se bifurcan?, pronunciaste, muy despacio. Y cerramos los ojos como Thomas de Quincey, como Coucteau.

Nosotros no nos movimos, fueron ellos. Fueron llegando de uno en uno.

Estamos por lo menos en el Antiguo Testamento, intenté decir. Gritaban y destrozaban el retrato que te hice.

Gritaban, pero aquello no eran las colinas de Israel, porque alguien tenía en sus manos el último Alicia en el país de las maravillas que me regalaste.

Los muy cabrones van a destrozar mis siemprevivas, me temía. Pero no, fueron directamente hacia ti, yo te juro que no podía moverme. Te quitaron el pijama y las gafas y las pantuflas y te pusieron en esa extraña posición en la que estás ahora. Estoy alucinado, seguro, me consolaba.

Tú gritabas. Hacían ruido, tú gritabas, te sangraba la palma de la mano derecha. Lancé un alarido cuando vi tu pie también atravesado por un clavo, y tu cara lívida y tu costado como una llaga. Estoy soñando, estoy soñando decía y, me tapaba la cara.

Vámanos a otro sitio, vámonos a otro sitio, empecé a llorar.

Pero nadie me escuchaba.

La historia, alcancé a pensar, es un presente continuo.

Tenía sed, besé tus labios trémulos. Tenía sed, empapé tus labios en vinagre. El libro de Ezra Pound estaba allí cuando todos se habían ido.

Yo no tengo la culpa y arrastraré la pena por los siglos de los siglos.

La casa es aún un campo de batalla. Me arrodillo ante ti porque te quiero y porque me apena verte crucificado.

Y no será tarde

“Dirás: hemos perdido demasiado tiempo. Tus palabras y la imperceptible tristeza de ese momento se perderá entre nuestros pasos y el olor a primavera en el boulevard. Dirás: a partir de ahora todo será diferente y alejarás el leve miedo que me asalta con una sonrisa muy tenue”.

El hombre escribe palabras (“Solo hemos perdido demasiado tiempo”). El hombre está en el cuarto. Hay una fotografía y un montón de libros que ha releído cientos de veces y un cenicero repleto y un vaso manchado. En la pared, los cazadores primitivos de Altamira atrapan bisontes. Todo sucede un momento antes con la fuerza del deseo y del mágico ritual, con sólo convocar su posibilidad remota. El hombre mira las líneas, los trazos rápidos casi devotamente.

Más allá de los muros, la vida transcurre de otra forma. El hombre reconstruye un rostro. Llena el vaso de un vino agrio y, silencioso, se sumerge en su fiebre. “Alargarás los dedos pero no me tocarás, interrumpirás un gesto medroso cuando yo responda: no es tarde. Y no será tarde”.

Y no será tarde se repite en alto. Con la sola compañía de una máquina desvencijada, con la sola compañía de una botella, con la sola compañía de las imágenes, bisontes atrapados por remotísimos cazadores, el hombre escribe palabras que quieren provocar hechos. El hombre está solo. Fuma, bebe, escribe pero está solo. Y el pasado no existe, no existe el otro. Ya no hay días turbios, noches insomnes.

Estaba seguro de que volverías —dice él. Ella responde quién sabe qué. Simplemente caminan. Ella se para porque nunca había visto el parque de esa forma. Fijate, pronuncia mientras cae la última luz de la tarde. Se enciende la ciudad como un escaparate. Hay una habitación que les espera”.

Hay una habitación en la que está el hombre. Pero no hay nadie más. Y el aire es denso; densidad de humo, de sudor de alcohol barato.

“No han visto las escaleras, ni el espejo cuadrado, el ascensor que les devolvía sus propios gestos trémulos. No han visto la puerta que cede blandamente ni el pasillo estrecho.

Ella tiembla. Como si fuera un paso de danza gira sobre sus talones. Tiene los labios fríos. Han destruido el espacio mortal que los separa. Hay sólo una piel única, hay un solo cuerpo desnudo”.

El hombre lleva unos pantalones grises, va en zapatillas. A la camisa le falta algún botón desde hace tiempo. Tiene los labios fríos y se acerca el vaso. Y cierra los ojos.

Los amantes —el hombre que no es él— han vuelto a inventar un nuevo abrazo que los funde. La mujer —que no es ella— hunde su boca en la otra boca dormida. y recorren juntos la noche y el deseo.

Pero el hombre está solo. Lo escribe todo mientras está solo. Mientras mira el bisonte que un cazador antiguo, por el solo acto de pintarlo, va a capturar mañana.

“Dirás hemos perdido demasiado tiempo”, se repite —es una plegaria— automáticamente.

Hoy como ayer

A mitad de la noche me despierto y tengo la certeza de haberlo perdido todo, entonces camino de un lado a otro de la casa en una irremediable procesión por el pasillo, o me acurruco a los pies de su cama hasta que nuevamente me vence el sueño. Ya me blanquea el pelo (siempre supe que esperar era inútil) y camino despacio y todo no es más que el cansancio y la tristeza de los días y las noches. Hoy como ayer lo que siento es esa mezcla de deseo y desdén, una desoladora sensación de fracaso. Aún me conmueve la cercanía de su presencia, aún cuando nuestras miradas no se crucen ni nuestras manos se toquen.

Los vecinos dicen que me oyen, que escuchan mi prolongado lamento. Miran, mitad con pena y mitad con temor, las ventanas cerradas tras las que yo, como un fastama antiguo, me escondo. El casi ni sale, tampoco despierta excesivas simpatías entre el vecindario, sobre todo después de aquel lejano día. Aquello tal vez, para alguno, esté olvidado, pero pesa contra él su cada vez más acentuada misantropía, sus excesos con la bebida, su espantosa vestimenta a la que hay que sumar una barba descuidada y un pelo crecido. Los niños le tienen miedo. Yo algunas tardes le oigo cantar, entonces me acerco a él de puntillas e intento, antes de que me evite, antes de que se levante de un golpe y me rechace, tocar con la yema de mis dedos esa piel por la que ya ha pasado el tiempo, esas líneas como escritura borrosa que cercan ya sus ojos y hablan de años y naufragios.

En el fondo nunca dejaré de quererle aunque necesite su total ausencia de sobriedad para atreverme a acercarme él. Le he visto aullar por mi presencia, lanzar gristos desgarradores al sentirme próxima, por eso ya sólo aprovecho las noches, cuando cae rendido por el vino y los recuerdos. Ha intentado alquilar la casa, (él y yo somos los únicos habitantes), pero corrió el rumor de que estaba hechizada y nadie ha querido revivir otra historia entre sus paredes.

Ha intentado también escribir para librarse de la culpa, nunca de la desolación porque jamás me amó. Yo quisiera hablarle, decirle que no hay nada de que preocuparse. Todo no fue más que un accidente. Yo estaba allí —me sentía viva y feliz—, una nube roja pasó por sus ojos. Fui a cruzar la calle y puso el coche en marcha.

J a d e

Me trasladé de casa con el sólo objeto de seguirla, enemiga mortal; acechaba tras las cortinas su ir y venir, voluble y obscena, y me había jurado a mí misma hacerle pagar con creces cuanto mal me había hecho, noches de locura, celos y llanto contra la almohada; noches muertas y blancas.

Aquel seguramente sólo había sido un episodio más de su vida azarosa y el otro cuerpo, una forma ya olvidada, una voz y una risa borradas.

Tantos brazos la cercaron después del suyo, tantos días se amontonaron sobre el primero e inventó tantas nuevas formas de querer que diríase que ya nada tenía que ver con la otra, con la que ayer había sido. Y sin embargo sólo mi odio reconocía en ella a la antigua rival.

De qué manera llegó hasta él, hasta qué punto destrozó su dicha o si acaso sólo fue un pasatiempo más entre los muchos que entonces, libre del agobio y la tortura actuales, ella se procuraba; es algo que todavía ignoro.

Entonces no soportaba la idea de que lo tuviera y ahora me enfurece la evidencia de su abandono, coqueta, inconsistente y fría.

Luna fría, corazón frío, fríos labios, yo te acecho, contra el cristal, de la ventana y sólo la noche es testigo de mis propósitos.

Perdido para siempre, nada he vuelto a saber de él, lo imagino abandonado de su antigua prestancia, envejecido y, sin embargo, aún, como siempre, hermoso para mis ojos.

Hundido en la rutina del alcohol, atrapado en la oficina, lleno de hijos que llevarán los rastros desviados de un rostro que amé.

Lejano y sin embargo próximo; perdido para siempre y no obstante poblando sueños y pesadillas, él casi habita solamente en mí. Mientras que ella impúdica, devoradora, falsamente frágil, reaparece siempre ante mi vista. Para que el tormento no concluya nunca.

La observo con ira desde mi puesto de vigía y escucho con asco la risa que prodiga, los ecos de las voces que me llegan desde el portal de enfrente.

No ha declinado tanto como yo y aún resulta —fiera, áspid, alimaña—, deseable. No le faltan amantes, no le faltarán nunca, aunque ya sus ojos —aquellos que él tento amaba— no vuelvan a ser espléndido jade. Me lo voy repitiendo mientras entro en su casa, mientras alcanzo su alcoba y hundo, sueño largamente deseado, la navaja en sus párpados.

El encuentro

Rojo, rojo incesante, bajo el sol y el horizonte escarlata yo tamblaba ligeramente. Treinta y cinco, cuarenta grados y yo temblando, agitado por la emoción de verla venir. Me matará pensaba; aspid que me clavará su deseo, serpiente femenina: Y allí se instaló, a mi lado, pletórica en el ir y venir de unos ojos; devaneo y tal vez me pida fuego, gracias, tal vez, bajo el calor, me pida fuego y más y más y más. La piel se confunde con la arena pero es clara la diferencia entre un territorio y otro, frontera que me invita a traspasar. Sólo a mí y no al resto de los bañistas, a ese otro por ejemplo, mucho más joven que yo. Estos días cálidos, jornadas de intenso estío, parecen inacabables. Es hermoso estar vivo y trazar rayas sobre el horizonte, rayas azules en donde la mirada se pierde. Treinta y cinco, cuarenta grados y yo temblando pese al sol; ganar la orilla me alejaría de este miedo, de tanta incómoda insistencia, de esta excesiva entrega bajo el rojo de su pelo, rojo calor, rojo deseo inútil, devoradora hermosa, transparente para todos. Gano la orilla y entro despacio, doy los pasos precisos, acompaso el cuerpo, lo ajusto al nuevo frío y casi no puedo alcanzar la superficie. Pero respiro y en el fondo gris, de nuevo, aparece ella; roja medusa, su cabellera y sus ojos certeramente rasgados y su forma demasiado ondulante y su mirada de lascivo desafío. Y me sonrío y me dice que todo es inútil. Me ha tomado de la mano y me lleva muy suavemente y su piel es muy fría.

Me besa los ojos, los labios, los oídos y no puedo escuchar las voces de la playa. Sólo existe un rojo incesante bajo el sol porque me doy cuenta de que aún continúo en la arena. Parecía dormido, dicen. Me tocan, corren, intentan escuchar mi corazón dormido y finalmente (doce horas inerte), me tapan con una manta. Me tapan mientras ella, roja cabellera bajo el sol incesante, me besa definitivamente.

Nadie sabrá como ha sido

“La primavera la sangre altera”

Popular.

¿Recuerdas los enormes sombreros que entonces se usaban? Yo era una primavera de Renoir y tú llevabas levita, amor, y en los parques jugábamos a las cuatro esquinas aunque tú, que lo sé, que me daba cuenta, ponías una perversa atención en los cuellos rollizos de las nodrizas, cuellos enmarcados en encajes blancos sobre uniformes negros. El resto de sus anatomías no insinuó nada, tenía escaso interés para ti.

Tantas primaveras, amor, tantas primaveras. Míramos aquí, polvo de arroz sobre mi rostro y tú, con esa pinta de sarasa dieciochesco. Minues y cuadros de Fragonard. Yo me columpiaba; al fondo, el florido jardín olía a jacintos. Y mientras un retratista de tercera me prometía ¡qué simpático! eternizarme con su arte, tú, haciendo de las tuyas.

Aquí, mi cielo, tu eras un patricio y yo, que estaba loca por un gladiador, me desesperaba porque llegara Daguerre con su invento.

Tantos marzos ventosos, abril lluviosos, floridos mayos. Preestío. Esta es la estación de los enamorados; como tú y como yo.

Ay, marzo, abril, mayo. La sangre fluye con más presteza y se me ponen, no digas que no, las mejillas tan sonrosadas que parecen que aún tuviera diecisiete años como en aquellos días del Nilo.

Yo me siento renacer y amo más la vida, y todo es más claro y todo es más ancho, todo es más límpido. Ay, todo florece. El aire se llena de trinos, de pájaros, de vuelos.

Ay, amor, la primavera. Es la estación que prefiero. No me digas que tú, no. Estos meses yo te siento con más bríos, más gozosos, más decidido. Los anocheceres son cálidos; las madrugadas, felizmente lentísimas. Y a veces el sol nos sorprende contándonos nuestras cosas. Tú, que si la guerra de los Cien Años, yo, que si Lorenzo de Medicis.

Ay, amor, cómo vienen y se van las primaveras. Pero pese a todo te prometo ser siempre una flappers que fue lo que a ti más te gustó, alocados en una bella época, ¡qué bien nos llevábamos!

Marzo, abril, mayo. Ay, amor. La primavera eres tú aunque siempre me hagas lo mismo. Otra vez me estas engañando con un jovencito, demorándote en inútiles tactos, venga que se nos echa encima el verano. Ay, mi cielo si no fuera por mí no consumirías ningún ritual y ya estarías criando gusanos. Venga, encanto, abrevia, que la primavera ha venido, nosotros tenemos que seguir alimentándonos y aunque dejaremos algún que otro rastro, ciertas señales de violencia, nadie sabrá cómo ha sido.

Viajar contigo

Juntos siempre juntos. Viajaremos, cruzaremos fronteras, países. Quiero que te zambullas en el río Zambeze, oscuro río que emerge de mi infancia, mapas coloreados, África y la lección cantada. Quiero que admires la flor de los almendros y las iguanas, entrar en el Soho, salir de los canales de Venecia. El mundo será nuestro, ya verás qué fácil.

Quedarán atrás los demás, el gesto y la vida repetidos cada mañana. Todo distinto. Hace años que te lo vengo diciendo y tú sin convencerte. Tahití a las cinco cuando llegas al diario y la noche es larga y llena de huecos. Tú, hazme caso, que yo sé lo que digo. De momento ya vamos por los aires, yo acaricio tu mano y tú. ¡qué milagro!, me dejas hacer. Eres un poco tímido y seguro que te sonrojas —aunque me resulta imposible ver tu cara— cuando pasan los auxiliares por el pasillo. Cena para dos, les digo, y, feliz, me río brevemente. Me costó trabajo pero ya estás aquí, conmigo.

Echo, eso sí, un poco de menos tu conversación, tú que eres tan ocurrente y hablador. No importa, pienso y doy varios golpecitos cariñosos en tus nudillos.

Apagan las luces, algunos dormitan, yo oprimo un poco más tu mano y me adormilo. Eres mi vida, me digo. Y el avión sigue trazando líneas en el viento, surcos sobre un cielo negro casi inexistente. Lo único que existe eres tú y ese suave y lento rumor de fondo. Los bolsos de mano, los pesadísimos bolsos de mano, siguen debajo de mi asiento, los

noto, los palpo, los reconozco como míos y no me gusta nada que solícitos viajeros se presten a llevármelos. Sólo falta eso.

Al fin solos, cielo. Al fin solos; habrá playas, olas y veranos eternos por los que perdernos. Habrá mañanas interminables, juegos bajo la luna y una geografía de luces, de puertos, de barcos anclados esperándonos siempre. Una vez más tengo razón, debes reconocerlo.

Soy tan dichosa que me gustaría besarte, pero a saber ahora en qué bolsa llevo tu cabeza. Ese es el único inconveniente, pienso, mientras acerco tu mano lívida y violácea a mis labios ávidos.

Segunda Gioconda

Las manos, en perfecto equilibrio con el rostro: prolongación de llama de esa sonrisa que a él le aterraba; con la misma suave perfidia, con la misma, cualquiera diría, que presta ternura. Sus manos sobre el regazo, en reposo una sobre otra. Los largos dedos separados como labios entreabiertos.

Y Francisco Giocondo, perdiendo sus pasos por las estancias; asomándose a ver al florentino y su obra, inquieto por la lentitud del florentino; entrando en la sala en donde el silencio, como la más certera palabra, une, extrañamente, al pintor y a la modelo.

Ella: me niegas tanto que me afirmas. Me ignoras tanto que me siento en el centro de ti.

Y el florentino retoca todos los días las brumas del paisaje: el verde que se pierde entre valles, puentes y rocas y que son, en realidad, parte de sus ojos, unos ojos que lo sondan, lo escudriñan, lo vigilan.

“Gioconda, no me busques”. Y el asedio, breve y la negativa, rápida. “En el fondo no eres más que la mujer de un mercader, insaciable, hermosa, ingenuamente lujuriosa, Gioconda, lo mismo te da un florentino que otro”.

Y el retrato es lento, la pincelada precisa y la tortura, enfrentarse a esa mirada, “incapaz de comprender mi inclinación, mi distinta inclinación que no me hace desear su cuerpo, palpitante, ni su blanquísimo cuello, ni sus sonrientes labios, prietos de rabia. Gioconda, prefiero al joven Andrea”.

Francisco, impaciente, aterrado ante los rumores que escucha en los mercados, “termina, deprisa tu obra, florentino y márchate”.

“Anda, amor, demórate en los caminos, en los valles, en el paraje de sueños en que sitúas mi deseo. Aunque mis ojos esquivos —no me importa lo mismo un florentino que otro— ya rehúsen mirarte de frente, atrévete, a pintar mi llanto”.

Y ya solo faltaba dar a las telas de sus vestidos esa apariencia de espléndida riqueza, oscuros carmesíes luminosos.

“Y he concluido mi trabajo y me das la espalda, sin saludarme, rencorosa dueña y señora”.

Y pasan días, y semanas y meses y en la ciudad se preguntan dónde diablos anda Leonardo. La pintura y el amor no lo es todo, se ríen, gesticulan zafiamente y piensan en las guedejas rubias del joven Andrea.

Pero oscuro como una noche sin estrellas era su pelo. Cuando en el taller se queda solo, el florentino persigue, por primera vez, a Gioconda.

Y, para su mal, dibuja sus pómulos de niña, la recta nariz, la ancha frente, los labios pequeños y apretados.

A espaldas de todos, el florentino realiza el segundo, el tercero, el cuarto, el quinto, sucesivos retratos de Constanza.

“Ciertamente, jamás mujer alguna me odió con tanto amor”, se duele.

Delante de los paisajes brumosos como si fuera Santa Ana, o María Santísima o la Virgen de las Rocas, siempre Constanza de Avalos, recurrente pesadilla.

Y después de Andrea, vino Piero y después de Piero, Sandro pero siempre ella, imposible, obsesión perpetua.

“Es un buen artesano ese florentino”, comentó la esposa de Francisco Giocondo cuando Leonardo iba, por sus extravagancias, de boca en boca.

Ahora decía que era posible volar.

Amado mío

No llegué a besar tus labios de cera dado que era evidente que tu descrédito era paralelo a tu descreimiento. Aficionado, tal vez, a los jovencitos no confiabas en los dioses, ni en las ninfas, ni en los dulces quebrantos del amor. Y aprovechabas la más mínima ocasión para esbozar ese breve gesto de disgusto que, a estas alturas, me resulta tan difícil separar de ti.

Yo antes de conocerte también pensaba que los museos eran un sitio muerto, lleno de turistas chinos y americanos, de celadores atentos a cualquier furtivo abrazo, como si el arte no tuviera nada que ver con la vida y la ternura. Pero después cambié de idea. Allí acudía para encontrarte, casi siempre, fugaz, altanero, ligeramente inquieto. Las conversaciones, claro, eran impensables, además hubiésemos molestado a los visitantes que se paraban junto a los lienzos de Tiziano. Hablar tampoco es imprescindible y, a mí, la verdad, es que me parece conocerte de toda la vida. Más fructíferos eran, sin embargo, los tenues roces que tú no evitabas, las leves caricias que ponían en tus ojos lejanos un no sé qué de imposible. Pero te notaba perplejo, azorado, atrapado por una morbosa atracción por la tristeza e intenté convencerte de que el hecho de que te faltasen tres dedos de una mano y medio pie no era una mutilación a tener en cuenta, ni suficiente motivo como para que te deprimieras. De cualquier forma eras hermosísimo; la admiración de propios y extraños y mi primer gran amor.

También comprendí tus reparos cuando no accediste a venirte a vivir conmigo; a habitar bajo mi techo, bajo mi protección y mi dinero —que es tanto que ya no sé qué hacer con él— pero siempre me he preguntado si a esas alturas, no sabrías ya lo de tu viaje y de ahí, tu negativa.

Nunca llegué a besar tus labios, nunca llegué a acariciar tus rizos y bien que me arrepiento ahora. ¡Cómo haber adivinado que aquella tarde de Junio sería la última!

Al día siguiente te busqué por todo el museo. Recorrí una a una todas las salas y estancias, atisbé en todos los rincones y todo fue inútil.

Deambulaba ya perdida de un lado a otro, cegada por el llanto, (nunca llegué a besar tus labios de cera) cuando un vigilante me lo dijo: A su Apolo se lo han llevado al Metropolitan de Nueva York.

Han abierto una nueva sala de antigüedad grecolatina, en donde tus rizos de mármol, sin mis caricias, se llanarán de polvo, amado mío.

Coleridge que tomaba opio

Coleridge que tomaba opio, que fumaba para soñar con navíos varados, apenas se parece a tí. Aunque tu fama ya recorre los confines de la ciudad y se habla de tí en las tabernas y en los salones y se imaginan las doncellas tu cara con un espanto que sobrepasa al simple rubor de la prudencia o a los escrúpulos de la sumisa castidad.

Coleridge que tomaba opio, jamás salió a la calle con los ojos envueltos en humo y niebla para romper las lunas de los escaparates o gritar, como tú, que tu amada es la más corrompida de las cortesanas, vil ramera. Y después lo escribirás en verso y serás el hazmerreir de tus discípulos, resacoso y contrito, queriendo recordar el préterito pluscuamperfecto del verbo tener. Tú tenías en otro tiempo un talento que ya no tienes.

Me habías prometido no beber, no confundir la ciudad con Baltimore ni la vida presente con los espejismos del pasado. Pero también habías jurado consagrarte a la literatura y olvidar amores tan vacuos, practicar la antigua virtud de la sabiduría. Pensé que pronto olvidarías los cuerpos, la materia de una pasión tan banal, las sombras que alguna vez se abrazaron bajo el bosque de tu ventana. Te decía que todas las sonrisas son idénticas, te decía que el tiempo acabará matando el fantasma de tus delirios, te decía que sus brazos, los días y las noches acabarían ahogando el deseo. Sólo existiría rutina. Pero tú deseabas ser esclavo, el esclavo her-

mosísimo que ella necesitaba, y devorar y ser devorado. E inventar un éxtasis inexistente, alimentar un fuego, creerte, caduco y casando, el amante más convicto.

Yo te pedí que no descendieras a los infiernos, que no te creyeras creador y criatura. Pero tú, que sólo respiras para escribir, has salido a la calle, has doblado la esquina y has sembrado una muerte que no se inventa en una página en blanco.

Hacia un país muy frío

Si no me hubieras despertado, habría dormido todo el día. Soñaba con desiertos de arena blanca y caravanas que avanzaban buscando un oasis. Sin embargo, aquí, detrás de la ventana y más allá de los muros de esta casa, de luces siempre prendidas, sólo hay un largo horizonte gris. A las cinco de la tarde ya es noche cerrada, tú llegas, cenas y abres un libro. Te has empeñado en enseñarme los secretos de Silvia Plath. Y *¿si probaras con Sitwell? No enciendo el televisor* porque no entiendo las voces, ni las sonrisas rubias ni los chistes con los que te ríes tanto. Y no es que no me importe la Cámara de los Comunes ni la nueva tasa de desempleo. Pero Baker Street ni siquiera es como yo lo imaginaba.

Están hermosísimos los parques, me repetías siempre en tus cartas. Deseaba venir: yo imaginaba salvajes sicomoros y árboles de Ceilán en una avenida estrecha. También el cálido de las tardes a la orilla del río.

Soy extranjera y camino a tu lado, tomamos cerveza juntos y recorro sola estaciones y andenes de nombres jamás escuchados. Me invento una historia para cada día.

A veces, como hoy, duermo largamente y sueño con largas cabalgadas sobre la arena, con el sol ardiendo sobre mis hombros. Pero tú llegas y dices ya son las cinco. Y pasan semanas y meses. Y con la primavera se deshiela el río y soy esa extranjera que todas las semanas envía postales a sus amigos y que tú acaricias en la mejilla. Y sueño con Tintín y sus espejismos en el Sáhara. Te lo repito: te ríes. Eres demasiado tonta, me dices susurrante al oído. Y me declaras el amor y

la guerra: Y a la inversa. Porque todo es lo mismo. Mi acento es deplorable y ¡mira que lo intento! Tienes toda la vida cariño, me excusas tú. Pero no serán necesarias las palabras bajo el siroco. Nos cubrimos la cara, caminaremos largamente en silencio y lo único que nos preocupará será encontrar agua. Esta noche el sol, era una hoguera sobre mi pelo, tenía tanta sed que no me importo abrir los ojos y estar bajo las mantas de esta habitación en sombras.

Cenabamos despacio, me mirabas con esa ternura de siempre y explorabas mis gestos como si fueran una geografía recién descubierta. Entonces pensé que tenías razón, que la ciudad me esperaba con sus boulevares y puentes. Quise invadir las calles, pararme en las esquinas, atravesar rincones, mercados, asomarse a las catedrales, a los jardines, recorrer museos.

Me acostumbro al sordo murmullo de las aceras, a un paisaje de rostros educados y quietos que hacen cola en los bus stops; tardes lánguidas, partys y muchas muchas felicidades por vía telefónica.

He vuelto a soñar, es un recuerdo que me inunda y agobia, que me hace sentirme desesperadamente dichosa. Tomo el primer autobús, la ciudad pasa delante de mis ojos y, fugaces, los transeútes me miran; recostada la cabeza contra el cristal, el cristal húmedo de esta tarde de invierno, mientras la arena caliente de mis duermeverelas yace perdida. Un desconocido me mira. Un desconocido me sonrío, me sabe extranjera y se aproxima. Me bajo en la primera parada y me sigue a lo largo de calles y parques.

La arena no me deja correr, el calor me agobia, y el aire se estremece como una cortina invisible. Me alcanzará en mitad del desierto, repito obsesiva.

Quizás ésto es un espejismo me digo frente a la estación imprevista. El desconocido es hermoso, sonrío y jadea.

Me tiende la mano pero yo no quiero hablarle tan sólo comprar un billete, apresurar el paso y tomar el primer tren que me lleve hacia el norte, mucho más al norte, hacia un país muy frío donde sólo exista el cierzo.

Un cielo recortado de palmeras

Llegaban de los lugares más más remotos. A veces traían un cielo recortado de palmeras; otras, un paisaje lejano y distante de edificios de cristal y aristas metálicas. Idéntico dolor siempre, parecida punzada y la garganta estrangulada por la angustia.

Me quedaba unos instantes perdido, tembloroso, y miraba el matasellos, diferente siempre, como si viniese de un más allá indescriptible y cruel. Me disponía entonces a perderme en alguna actividad rutinaria como si el vacío descubierto de pronto pudiese llenarse de otro golpe. Allí estaba el pozo, el pozo negro de siempre y sólo una forma de salir, un trago y luego otro, y el siguiente. Me abrazaba a la botella como si fuera tu cuerpo, piel fría que no me rechazaba. Y alcanzaba, finalmente, perdida la memoria, imposible el recuento, una dura paz de ida sin trayecto de vuelta. Volver a abrir los ojos era, después de todo, lo más difícil, blancas mañanas de vida interrumpida. Y cada sonido era el comienzo del terror, la vuelta del pasado, el círculo completo de una noria que nunca se interrumpe.

El matasellos lejano, y tu letra, como siempre nerviosa; en el sobre alguna mancha de raíz oculta, el signo de alguna revelación que no yo alcanzaba a descubrir.

“Nunca te vayas de mi vida” te había dicho. Tú sonreías, pura insolencia, con los labios sólo, con un destello de reto en la mirada. Y nunca supe de qué forma volverías.

El cartero ha llamado tantas veces desde entonces, tantas veces y siempre el mismo sobre que me cuesta abrir bajo el peso de la pena. Ya no debería temer.

Fue una degradación progresiva, la caída lenta y recreada de quien desea llegar al fondo; a toda costa, quisiste arrebatármelo todo, no sólo la esperanza o el pasado, también la posibilidad de depositar en tí mis más infundadas quimeras. Y la primera fotografía te mostraba desnuda, obscena, y risueña, dispuesta a la entrega. Las siguientes eran un burdo remedo de tí misma, los labios como una herida sangrante en un rostro encharcado de afeites. Barras inmundas, burdeles baratos y tu sonrisa que se iba perdiendo en una mueca como si mi derrota fuera —prostituida, sórdida, triste— tu victoria.

Soñabas paraísos

Dudabas si acercarte. Sus reacciones —pensabas— son imprevisibles. La mirabas de reojo, había algo en ti que estaba pronto al asedio. Yo también te observaba. Eramos tres mundos contiguos pero lejanos. Espero que no lo haga, me decía yo. Espero que no lo haga por su bien. No podía pestañear, tenía que seguir todos tus movimientos, los de ellas no me interesaban tanto. Y advertía el fugaz temblor de tu mano y cierta impaciencia en el modo de llevarte el cigarro a los labios y exhalar el humo. Soñabas paraísos, el roce de una piel hermosísima bajo la luna, bajo otras noches y otros cielos más distantes. Un retiro transitorio que resumirías en una tarjeta postal enviada desde la otra orilla del globo. Soñabas paraísos. Ella era todo quietud. Sabía que te había atrapado ya, te creía, como todos, dispuesto al perdón. Sabía que estabas seguro. Yo también. Que cambie de idea, que cambie de idea, suplicaba mentalmente.

Me dolía todo el cuerpo. Este trabajo es duro. Pero no puedo distraerme con nada ni siquiera con el timbre de tu voz. Ahora tarareas una melodía, quieres darte ánimos. Sigues indeciso, eso se ve a la lengua. Puede que sea hermosa, a mí no me lo parece. Prefiero tu rictus crispado, tu nariz excesivamente recta y la línea de tus labios carnosos. Ya sé que no está bien en una persona de mi edad, de mi clase y de mi sexo.

No debo mezclar el amor con el trabajo, me digo siempre y siempre incumplo la regla número uno. De todas for-

cuando se es auténticamente profesional los resultados nunca se resienten por semejante obstáculo. Todo lo contrario. En mi caso, a esas grandes y repentinas pasiones les debo la exquisita brillantez con que remato algunos encargos.

Me gustas, eso se nota. Por eso preferiría que no te acercaras a ella.

Y sin embargo ahora —me doy cuenta— te estás deleitando en sus hombros desnudos y redondos, en el escote pronunciado por el que se adivina la frágil línea de los senos, en la piernas morenas y cruzadas sabiamente. Y te llevas de nuevo el cigarro a los labios y una debilísima sonrisa de placer te distiende la boca.

Palpas algo en el bolsillo de tu americana y te levantas seguro.

Ella se yergue un poco y empieza a sonreírte con los ojos, con ese pequeño y rojo encendido carmín, corazón que no late. Se pasa una mano por el pelo y te invita, procazmente, a una proximidad indudable.

Y entonces yo —mis órdenes son estrictas— no tengo otro remedio que disparar. Tus dedos esta vez van a quedarse fríos sobre la **luger**.

Ella, la muy estúpida, se sorprende un poco. La he tenido —para eso me pagan— que defender de ti.

Empieza a emerger la sangre —nenúfares sobre un río— en la blanca superficie de tu pecho. Mi corazón también está destrozado.

Tu cuerpo sin movimiento es igualmente hermoso, me digo mientras apresuro el paso y me confundo con la gente.

Una lagrima resbala por mi cara. Lloro como una mujer pero soy el mejor asesino a sueldo de la ciudad.

Teresa, la alta

Caminaba erguida; yo pensaba en un hermoso animal alerta: los músculos tensos y dispuestos al salto, prevenidos a la jungla. Teresa andaba erguida provista de un cercano orgullo para nosotros de raíz mágica. Su paso no era rápido, tenía la lentitud de todo su cuerpo altivo. Llegaba sola, cetrina, vestida de colores y compraba en la tienda de Tilita. En la tienda no le fiaban —sal, mantequilla, papas, hierbahuerto—. Las monedas sonaban en el mostrador cerca de la vitrina en donde reposaba el queso; cerca de la vitrina en donde las moscas se quedaban presas.

Las monedas sonaban junto a la balanza en donde el calabacín pasaba de una mano a otra, calabacín amarillo y naranja. Teresa, la alta, pagaba y los clientes fijos guardaban silencio y la tendera era todo desprecio, todo temor. El temor de quien se sabe frente al misterio de la inconcebible transgresión.

A Teresa, ojos oscurísimos como una noche sin hogueras, unos fingían no verla y otros miraban de soslayo sus rodillas, su vestido estrecho, sus manos delgadas, su pelo turbio de insondable secreto. Y Teresa, la alta, todos los sábados desandaba el camino.

— Es una bruja, —me decían—.

Las sombras empezaban a caer sobre el juego del escondite y yo tenía miedo.

— Vive —me contaban— al otro lado del cementerio y habla con los muertos.

Almas en pena que yo imaginaba como luz perpetua en mi ventana. Los ojos como dos ascuas, cenaba casi sonámbula.

— Niña, vete a la cama —me obligaban—.

Y caían las horas y la noche en mi habitación y Teresa, la alta, con sus ojos de acero y azabache me miraba, me sonreía ladinamente entre gatos y redomas. Volaba por los aires, silbaba como el viento y hacía llover en verano.

Teresa se agazapaba en mi cuarto y yo no podía dormir. Teresa atravesaba el espejo y yo —a oscuras— no podía verla.

— Teresa no me embrujes —le suplicaba—.

Y Teresa me oía y me tenía lástima porque cuando llegaba la mañana los espejos estaban vacíos, los juguetes en su sitio y yo conservaba mi forma humana. Al menos hasta el siguiente sábado.

— Por ahí llega la bruja.

— Mira, viene Teresa, la alta, —gritaban los niños—.

Llegaba desafiante. El mismo vestido, los mismos ojos como noche sin hogueras y sostenía en sus manos el cartucho con huevos y tomates, papas y una botella de vino.

En la tienda de Tilita, los asiduos, asomados a la puerta, con reconversión, la veían alejarse.

Interrumpíamos el juego de las prendas. La mirábamos todos. Teresa seguía caminando hacia su destino. Nunca vi su casa de latón, ni la sonrisa del hombre —su hombre, su amigo, su amante y hermano— que, contra todos, cada día, la esperaba.

Las mil y una tardes

Había recogido sus cosas, algunas ropas, algunos libro, fotografías, sus viejos recortes de prensa, el singular anuncio que tiempo atrás nos uniera: compraría cuantos libros se relacionen con la literatura árabe.

Le veía hacer con desaliento: alteraba espacios, mudaba los objetos, abría las ventanas.

La tarde era macilenta, enferma crónica estacionada en un mal de nubes, en un polvo gris. La tarde era una condena, tan poca luz, tan pocas palabras, tan poca vida. Revolvía los cajones para no dejar ni rastro de su paso, ni un trozo de mejores tiempos, ni un resquicio de pasado.

Tenía prisa por marcharse, por llevarsélo todo y zanjar de una vez “este maldito asunto”.

Hacía por última vez como, quien abandona una tierra tomada, uso del teléfono. “Si, soy yo, a qué hora, de acuerdo, de acuerdo” y recorría, con perfecta indiferencia, las dimensiones de un lugar que deseaba perder de vista. Satisfecho ante el futuro, decirle quédate hubiera sido inútil, como reír, como llorar o suplicar. Si simplemente hubiera sido clara, explícita, escueta o directa sólo habría conseguido enfriarle más.

Todo estaba absolutamente perdido de forma que lo arrastré al sofá, le dije: “escucha”, y empecé el relato. Larga historia que casualmente llenó toda la tarde. Besos furtivos, dispatos, encuentros, delaciones, hasta que la noche lo

dejó rendido. Y así, una y cientos, una y mil tardes. Historias que le cuento para que no se vaya, para que aplace, otra luna más, su fin y mi derrota.

HISTORIAS QUE ME CUENTO

Infancia y confesiones

Cuando era joven, en realidad, será mejor decir muy joven y más concretamente una niña mi madre me llevó al cine. Entonces fue cuando sentí la necesidad del éxito. No me llamaba Dolores del Río, sino Angustias, la de las manitas de plata, pero supe entonces que yo alcanzaría las más altas cotas de celebridad. Y soñaba, dado el simpar desparpajo que con el tiempo adquiriría mi temple más bien ñoño, con ser conocida de uno a otro confín. Todo ocurriría más rápido de lo que yo pensaba porque a la semana justa salí como candidata de la operación Plus Ultra por haber intentado salvar al abuelito que pereció carbonizado cuando jugaba a los recitales de Lluís Llach —nunca confesaré que la que intentaba encender una colilla muy mermada era yo.

Yo tenía la tierna edad de siete añitos y me pirraba por el sabor a centellas del Kruger mientras mi mamá me sermoneaba sobre la inconveniencia de prender fósforos y la correlación entre los actos incendiarios y el pis nocturno. “Las niñas que fuman se orinan en la cama”, decía mi hermano, el muy chivato, que siempre fue un membrillo.

A la operación Plus Ultra no me llevaron porque el abuelito estaba muy cascado y debieron pensar que intentar salvarlo era una pérdida de tiempo. ¡Pobrecito era *mas bueno*..! La que era de lo más perverso era mi vecina Pepita — La justicia divina la ha castigado y ahora tiene un *mandó* que se echa una manchas de grasa horrorosas, irresistible incluso al Ariel—. Pepita estaba empeñada en sacarme de mi

inocencia y enseñarme el camino de París por el que venían los niños. Yo que nací, perdonadme, en la edad de la pèrgola y el tenis, le hice pagar cara su osadía porque cuando la muy tonta me estaba enseñando la estela sobre el cielo, repleta de calima, por la que circulaba un renqueante DC-9, le solté aquello de “pues tu padre será Melchor pero es un tacaño” y rompí de golpe todas sus ilusiones de niña.

Ella no volvió a creer en los Reyes ni yo en el género humano porque ese día, por la bagatela de romper un televisor al que me empeñé en buscarle el tercer canal, en mi casa me calentaron las costillas.

“Esta niña tiene las manos de plata”, chillaba furibundo, mi padre que aún no había pagado la segunda letra. “Es como el caballo de Atila”, gemía mi madre, pensando en la Grundig, Onda Media, Frecuencia Modulada en la que ya sólo se escuchaba El Cairo. “Sales más cara que un hijo tonto”, gritaban todos, al unísono, incluyendo mi hermano, el muy chivato, que siempre fue un membrillo.

— Mamá, Angustias acaba de hacerle un agujero al jersey nuevo—, decía el pobre sin saber que las delaciones no son nunca suficientemente recompensadas.

Mis juegos favoritos eran los del rey y el esclavo, el asesino y su víctima y el guerrero sanguinario. “Es una criatura adorable”, decía, sin embargo, las visitas.

Dejé de jugar cuando me enamoré de Frankenstein, me daba un poco de pena tirarlo al río pero imaginar aquel idilio era para mí una delicia. Se convirtió en una fijación. Puede decirse que todos los hombres que amé después no han sido más que un burdo remedo, una vulgar imitación, incluyendo al noble patricio que me legó cuanto poseo.

Anatomía de la melancolía

Siempre supe que llamarme Angustias me predeterminaría. Mi natural propensión a la melancolía se convirtió, con el tiempo y para darme la razón, en uno de mis más inequívocos atractivos y tristeza tan hermosa la he paseado, como un orgullo, por todas las avenidas del mundo y las más brillantes recepciones.

Mi abuelo era de Granada; a ese azar y a la ocurrencia de mi madre el día de mi bautizo debo yo, hoy, mi fortuna. Las cosas son así; si mi nombre hubiera sido otro, tal vez, el difunto presidente de la Oil Company no me habría legado su patrimonio negro y dorado: Petróleo y muchísimos quilates de oro. Y es que el hombre se encaprichó con mi soleira, mi rancio estilo español y mi talante de rompe y rasga.

— Angustias, hija mía, eres de lo que no hay, exclamaba el pobre, cuando yo, cabreada, le tiraba la taza del desayuno —con su plato y todo— a la cabeza.

El finado estuvo en un tris de esposarse conmigo. Circunstancia que truncó la muerte, una desgracia que tuvo su lado bueno porque yo, que entonces era una muchachita de lo más virtuoso, no tengo temperamento para la vida común.

Mi madre, que no entendía mi resistencia al matrimonio, quedó muy complacida ante tan fortuito como imprevisto deselance. “Lo importante en esta vida —decía siempre— es tener una posición y una respetabilidad”. Yo conseguí las dos cosas aunque para ello tuve que prescindir

de mi primitiva ingenuidad —también habrá quien opine que gané una en la medida que perdí la otra—.

Pero si nunca me gustaron las uniones legales, ni siquiera en Reno en donde mi incomparable melancolía tuvo su paisaje —porque a punto estuvo de llevarme ante el juez un rubio de Oklahoma del que me deshice a tiempo—, siempre tuve un natural enamoradizo y un pronto absolutamente sentimental, que me hace única, amante absoluta, geografía de la soledad. Para mí el amor siempre estuvo de moda pero debo confesar, porque no hay nada más hermoso que una entrega (sobre todo si las acciones en cuestión están en alza), que desde luego hay algo que prefiero a una simple aventura: varias aventuras, por supuesto.

Fue una herida, la brutal realidad de un desamor, lo que me ha hecho así: pasajera, frívola, voluble, inconstante y cruel. Pero algo de mi antigua naturaleza debe quedar aún en mí, poliándrica, tierna y tonta, y, en realidad, lo que yo busco es al hombre de mi vida.

El muy cerdo se marchó hace tres años dejándome un cheque sin fondos.

La condesa

Antes de ser presidenta de la Oil Company, Angustias era condesa. Ella, en realidad, no tenía ningún título pero tenía un amante pesadísimo que se hacía llamar el conde aunque sus conocimientos y contactos nobiliarios no pasaban de la lectura de Stoker. La condesa, que en aquella época abusaba en demasía del vodka a causa de la tristeza en que la sumía el recuerdo de su único y gran amor, empezó a hacerse llamar por otro nombre más corto y más snob hasta que conoció a un norteamericano, graduado en Literatura, que hacía una tesina sobre Lorca. Cuando el yanqui descubrió que Chiqui en realidad se llamaba Angustias se enardeció tanto que la condesa recobró su gentilicio y un nuevo gesto entre melancólico y trágico que ella creía la hacía más atractiva y sensual aún.

Lo del norteamericano fue un episodio sin importancia que le reportó un levísimo lenitivo para su pena, un transitorio olvido de su bien amado y las Obras Completas del escritor granadino en piel marrón. Libros que, todavía, están solitarios en un anaquel, entre dos fotografías de Angustias niña, con el marcador por la única página por la que ella un día lo abrió.

Y es que la condesa siempre dice que leer es un atraso. Que a ella lo que le importa es su propia vida y no la ajena. Y que en el peor de los casos, si no le quedara más remedio que meterse un libro entre pecho y espalda, se leería la primera y la última página, y todo lo demás se lo imaginaría.

Lo dice muy convencida pero lo cierto es que la pobre no tiene la menor fantasía.

Ella, en otro tiempo, condesa y ahora actual presidenta de la Oil Company es, sin embargo, muy, muy avispada para los negocios, bastante más que el difunto. Y operación que empieza, operación que cierra brillantemente. Y aunque tiene dinero, muchísimo dinero, excelente salud y una hermosura fuera de lo común, la pobrecilla no se come una rosca. Ella dice que por lealtad y fidelidad a quien todavía es su más poderoso amor. No obstante, quiere escribir sus memorias, la exacta relación de sus romances y pasiones porque, aunque lo único que consiguió terminar en su vida fue un poema de cuatro versos asonantes cuando tenía quince años, le fascina la idea de que le den, a ella también, el premio Goncourt. Como a la Duras.

De momento, lo único que tienen en común es el vodka.

Chin Chin

Mi criado chino es un sol. Un sol naciente, desde luego. Hace la colada, cocina, me sirve el almuerzo y, por si fuera poco, es de una prudencia y un atinado juicio tal que no hay cuita que yo no le plantee, ni enigma que no descifre él.

Es un poco sanguinario, eso sí, y la verdad es que todo quiere resolverlo a la tremenda. No sé cuántos amantes hemos descuartizado ya porque, al término del sexto o séptimo encuentro, yo vuelvo siempre triste, pesarosa, angustiada. “Ese hombre no le conviene señolita”, me dice él, tala-drándome con sus ojitos como alfileres. “Tienes razón, Chin Chin”, convengo yo que justamente esa noche, entre voluptuosos abrazos, me he dado cuenta de que el sujeto de marras sólo quiere mi dinero. “¡Ay, Chin Chin!”, digo yo con un suspiro hondísimo y más larto que un día sin pan.

El, mi criado chino, en ese momento trae dos copas de champán y con ritual inclinación de cabeza me presenta el bálsamo mientras inquiere “¿Chin Chin?”. La verdad es que por mucho que se repite el momento todavía sigo experimentando esa abrumadora duda de saber si me invita a beber o se me ofrece como sustituto y solución al chasco sentimental. Ante mi cara de espanto, el buen oriental me tiende delicadamente el cristal transparente.

A Chin Chin le encanta trocear europeos y yo, ¡valgame Dios!, a veces, ante lo inevitable, he sentido un cierto

placer atentando contra el género masculino. Es que ¡hay que ver cómo son los hombres!

“Este se veía que venía con muy malas intenciones, señorita”, intenta siempre justificar mi criado chino aunque yo, que no entiendo de moral sino de crudos, de países exportadores y dólares, empiezo a tener ciertos remordimientos. Y es que además, por muy rápido y hacendoso que sea Chin Chin, la casa se nos queda imposible.

Él, para mí, es una especie de señora Francis y padre Ripalda pero hay un caso que nunca me he atrevido a exponer.

Un nombre que nunca he osado pronunciar.

Se trata de un gran amor desgraciado, un amor que, pese al tiempo, aún perdura. Cuando la inminencia del recuerdo empieza a desconsolarme me escondo de los ojos penetrantes de Chin Chin.

¡Dios mío, sería terrible que descubriera mi secreto!

Error Flin

El tiempo no fue muy bueno en Las Bahamas, es más, hubo días en que salir a la calle resultaba francamente deplorable.

Sin duda por esos inconvenientes y por el feliz hallazgo de un antiguo conocido puede decirse que pasé gran parte de mi estancia tropical recluida en mi residencia, entre las excesivas y empalagosas atenciones de la servidumbre y la cháchara interminable de mi lejano y reencontrado amigo. Tuvo éste sus veleidades cinematográficas en su día. Cuando yo lo conocí lucía, a la sazón, el maromo, un bigotillo de finísimo trazado que acentuaba su dulzura de galán de antaño. Eso, unido a su escasa facilidad para llevar a buen término cualquier empresa o aventura amorosa que iniciara, hizo que se le conociera en los círculos, más o menos profesionales, con el sobrenombre de **Error Flin** aunque, en realidad, el varón de marras había sido bautizado, hacía 22 años por aquel entonces, con el más habitual gentilicio de Juan López. Juanito o **Error Flin**, había sentido aquellos venturosos años una irresistible fascinación por mí —enturbiada, por cierto, por la prosaica presencia de mi chequera siempre dispuesta a satisfacer sus más extravagantes caprichos—.

Pero como la vida da tantas vueltas como una noria había optado ya por repartir sus escasas habilidades en la materia entre un compañero de infancia —carente, por cierto, del menor atractivo— y una marchita matrona que no le exigía demasiado por obvias razones de moralidad.

Error, que todavía soñaba con la Paramount y con un disfraz de vaquero que le hiciera parecerse por lo menos a John Wayne, parecía satisfecho con su estrella aunque siguiera prefiriendo la del sheriff. Estaba claro que había nacido para gigoló y, sin embargo, no daba la talla. Sus ocasionales amantes se desesperaban cuando tenían que regalarle un par de zapatos de piel de cocodrilo. Error era mucho error y precisamente ése era su encanto. La matrona, que siempre había deseado tener un hijo para inculcarle los sacrosantos principios de la patria y la religión, acogió con sumo gusto esta oportunidad que el destino —el cartero siempre llama dos veces— le ofrecía. Había decidido ya devolverle todo el valor, la dignidad y la hombría perdidos cuando una tormenta de verano traicionera, que la pilló en la calle y le caló los huesos, se la llevó al otro barrio. La matrona pasó a mejor vida y Error a la de siempre. Es decir, a la media luz de las dos velas de la indigencia. Entonces me lo tropecé. Desolado, en lo espiritual y arrugado en lo material, Error presentaba un aspecto lamentable. Nada que no se solucionara con un habil planchado de Chin Chin y varias copas de Oporto.

“Angustias, mi vida es un infierno”, me confesó, imaginándose en un melodrama de Douglas Sirk. Y acto seguido, me ensartó la larga relación de sus desdichas, empezando desde el día que había hecho la primera comunión y terminando en la vispera lluviosa. Por suerte, acababa de tomarme un par de pastillas para dormir con lo que su narración quedó maravillosamente eclipsada por un larguísimo sueño que, dada mi habilidad, parecía un profundísimo ensimismamiento y una rigurosa reflexión en torno a los azares de la vida. Cosas todas ellas que no suelo nunca hacer porque pensar me cansa mucho.

...“Y aquí estoy”, decía Error en el momento en que con un coqueto parpadeo abrí los ojos. Nunca había dicho mi ex, verdad tan contundente. Ya fuera porque me con-

movió tamaña sinceridad o porque se me había aparecido en sueños el anterior presidente de la Oil Company, decidí esa noche hacer mi buena acción del año.

Desde entonces, **Error** es el mejor vestido de la ciudad.

Encuentro en Vailima

Vailima se llamaba el bar que aquel oscuro francés acababa de poner en la esquina de mi calle. El garito tenía todas las trazas de ser refugio de honrados funcionarios y solteras marchitas a donde de vez en cuando acudían pícaros maridos en la flor de hastío por mor de entablar amistad con alguna tahitiana improvisada y de fin de semana. Aloha, aloha, podía leerse por doquier, pero los camareros hacía gala de una piel atezada con olor a andamio y tenían un inconfundible y ceceante acento que los imposibilitaba por completo para fingir exotismo alguno.

Vailima, en realidad, era un sitio aburrido a donde yo solía acudir cuando lo que deseaba era escapar de los tormentos de mi cohorte de seguidores. Tenga usted un diamante del tamaño de una ciruela y ya verá cómo se vuelve irresistible y el no va más en cuanto a encanto y seducción. Una lata. Y si a eso añade poseer un título apócrifo al que de repente le surgen parentescos por doquier verá cómo es cosa muy sensata pasar lo más desapercibida posible. Esa semana Gunilla, que no sabía qué hacer con tanta factura, había llamado por teléfono ante el pasmo de Chin Chin.

— Prima, ¿te importaría dejarme 3.000 dólares? Es que no puedo recordar dónde he puesto mi tarjeta del cajero automático...

Como soy por naturaleza servicial y comprensiva, la ayudé faltaría más, a recordar dónde podría haber metido la mal-

dita tarjetita, le presenté mis más cordiales saludos y aproveché para confesarle que debido a diferentes avatares, mi clan había quedado francamente diezmado y en rigor podía decirse que mi única familia, desde que había entrado en el negocio del petróleo, descendía por línea directa de Capone.

— Condesa, no logró escuchar muy bien lo que me dice...— farfullaba la rubia al tiempo que imprecaba contra la Compañía Telefónica Nacional.

Yo, que no estaba dispuesta a pagar una millonada a la empresa, después del feo que me había hecho Solana —no acudió a mi tómbola benéfica— y puesto que la llamada era a cobro revertido, decidí cortar por lo sano: “Adiós, mi amor”, exclamé y bajé directamente a tomarme un daiquiri al Vailima. Como cada noche, el humo formaba una capa espesa y las luces rojas dotaban de color hasta los rostros más pálidos. Era curioso contemplar a las veteranas cabareteras cubiertas de un a modo de rubor como si acabaran de abandonar el internado. Ellos, los adúlteros, sentían acrecentada su culpa al hacer proposiciones deshonestas a aquellas muchachas de piel encendida.

Cantaba Tom Jones. Te llamas Pamela, dijo alguien a mi oído. Ni loca, repuse.

Tenía cercos negros junto a los ojos, ojeras violáceas y un rictus que curvaba la comisura de sus labios. Sus dedos, manchados de nicotina, se acercaron a mi mejilla. Cuidado, le previne. Dejó caer su cuerpo mínimo, delgadísimo y enjuto; se sentó frente a mí, el cabello completamente cano, los ojos apagados.

Angustias, Angustias, ¿será posible que aún no te sepas verbos irregulares? Exclamó y me miró con una fijeza que en otro tiempo me hacía temblar. Y es que aquel alfeñique no era otro que don Gumersindo, mi profesor de Gramática.

volví a tocarme la cara y sus dedos quemaban, pidió un güisqui doble, miró mis brillantes y afirmó tajante: Pues niña, creo que no te vendrían mal unas clases de ortografía.

Desde entonces vive en mi casa, se pasa todos los días en su cuarto haciendo muñequitas que, aunque tienen exactamente mi figura, aún les falta la cabeza. En la mercería se preguntan para qué querrá el último huésped de la condesa, ese señor tan raro, tantas docenas de alfileres. Don Gumersindo, ¿cómo se escribe éxtasis?, le pregunto yo. Con equis pequeña, con equis, me responde lanzándome miradas escrutadoras. Yo sigo contestando a la última carta de Richard Gere. Eres mi hombre, pongo. Y don Gumersindo, que lee por encima de mí, mueve la cabeza harto contrariado. Esta noche repetirás cien veces amor se escribe sin hache, ordena. Un brillo enigmático e inquietante ilumina sus ojos. Después, conforme avanza la noche, el olor dulzón se esparce por los corredores, casi llega a mi alcoba. Siempre me pregunto si será sueño, cierto débil ruido de tambores. Y baronesa, ¿llevará un uve?, me interrogo antes de dormirme. Toda la casa reposa bajo los dulces efectos del opio.

Eddie y yo

Cuando me confesó que era el preferido de su madre —primogénito, puro primor y pulcro— supe que nuestro amor era imposible, que buscaría otros lechos y otras risas más parecidas a un reluciente sonajero. Y comprendí que los exquisitos guisados que preparaba no eran tan buenos como yo imaginaba; al contrario, si me los alababa tanta era por un oscuro parecido con la maizena de sus años niños.

No tenía ni el más remoto parecido con el marido de la exmujer de Richard Burton, pero siempre le conocí por el sobrenombre de Eddie. Ni tampoco tuvo jamás el aire de hampón malvado que siempre caracterizó al señor Constantine, quien, junto al Fisher de la Liz, representaba cuantos Eddie atesoraba en mi memoria mi vana cabecita. Pero aún así, jamás me pregunté la razón de sus alias porque tengo por costumbre no plantearme más enigmas de los que soy capaz de resolver.

Lo que sí tenía claro —craso error— es que su apodo no se debía a ninguna complicación con la Justicia dado que Eddie fue uno de los poco medio-amantes que he tenido.

Y si no me lo imaginaba robando, tampoco era capaz de verlo en la ejecución de cualquier otro tipo de delito. Al pobre Eddie, me parecía a mí, le faltaba vehemencia. Además, era demasiado vago y se hubiera extenuado mucho en la realización de cualquier crimen por muy rápido y sencillo que fuera. Nació cansado y demasiado cómodo para la acción.

Lo que más le gustaba era estar recostado como si aún no hubiera aprendido a dar los primeros pasos, pero teniendo siempre a mano un gin o limón con ron. Lo que ya no tenía tantas referencias prepuberales a menos que uno sea capaz de imaginar bebés tan depravados.

No hacía nada porque para eso era rico y, aunque con un gusto más bien deplorable, vestía siempre la última y mejor moda.

— No es más horterera porque no se entrena—, gruñía entre dientes Chin Chin cuando lo veía entrar.

— Eddie, mi amor—, gritaba yo estrujando entre mis brazos su jersey de rayas amarillo y naranja.

Lo que más le gustaba de mí eran justamente mis efusiones y mis frases de pueril ternura.

La verdad es que cuando advertí que se llevaba fatal con Oscarcito no le di mayor importancia al hecho, ni me alarmé, en exceso, que le quitara las canicas de colores o los pantalones con tirantes.

Pero realmente sí que me quedé confusa durante aquella explosión de celos. La noche antes habíamos ido a una fiesta; coqueteé con todo el género masculino como es conatural en mí. Pero no había mala intención en mi femenina conducta. Tampoco la había cuando esta mañana le subí el desayuno a Oscarcito a la cama.

Eddie saltó del lecho, me aboteteó, tiró al suelo la bandeja y me dejó, entre la mermelada, las tostadas y el café, hecho un asco el salto de cama. Empezó a llorar y se encerró en el baño, negándose a salir.

— Eddie, mi cielo ¿qué te pasa?— inquiría yo, dulcemente.

— Edipo, ¡gilipollas!, sal de una vez— rugía Chin Chin.

Rompieron la puerta. No lo consolaron —niño mío, qué pena me dabas— sino que lo arrastraron y se lo llevaron a no sé dónde.

Me enteré entonces que era huérfano de padre; un maldito accidente en el garaje y delante de sus ojos tiernos; nada, que al rolls le habían sabotado los frenos...

“Lolita go home”

Lolita era conocida en todas las emisoras locales, en los receptores de siete de cada diez oyentes, en la hamburguesería de la esquina, en el supermercado de la playa y en la práctica totalidad de los restaurantes a los que iba a comer. Lo grave no era su popularidad personal sino la de su historia. La novelista del barrio, toda vez que llegó hasta ella su trágica aventura, la bautizó y se prometió a sí misma inmortalizarla en cualquiera de sus próximas sagas, aun cuando éstas transcurrieran en el Bajo Egipto. **Corasón destrosado** fue su nombre de guerra desde que así la llamará la prolífica autora de dramas históricos.

Lolita o **corasón destrosado** había conocido circunstancialmente a la presidenta de la Oil Company. Y como quiera que ésta se había conmovido ante el relato del suicidio de su primer amante y la fuga de los tres aspirantes a su lecho, aspirantes que siguieron en el tiempo a aquel pobre que se seccionó la yugular en un ataque de incomprensible vesania, decidió llevársela un mes a las islas Fidji por ver si la pobre salía de tan deprimente estado. En los 31 días y 31 noches que ambas damas pasaron juntas en tan exótico paraje, no cesó Lolita de relatar a Angustias de qué forma el muchacho aquel prefirió morir con las botas puestas antes que tener que quitárselas una vez más para conducir a la pequeña al tálamo nupcial. Y la forma fue de todo modo extraña porque, según Lolita, el suicida cuando se había rasurado perfectamente una barba crespada y, por demás, rebelde

y se acariciaba, con evidente satisfacción, las mejillas; hundió la navaja en su cuello. Y todo fue porque escuchó la cávida voz de su inseparable compañera que lo reclamaba a su lado al dulce grito de “¡¡¡amorcito!!!”.

Angustias no volvió a ser la misma desde las Fidji. Al menos hasta que puso su agotado ánimo en manos de un psicoanalista norteamericano que la envió a las malhadadas islas pero, esta vez, sin más compañía que Chin Chin y sus delicias orientales culinarias.

Después de Angustias, pilló otros muchos oídos y Lolita no se cansaba nunca de revelar el cuitado estado de su corazón y la soledad extrema en que se encontraban sus afectos.

Media ciudad lloró con sus desventuras cuando las relató por el consultorio de Miss Lonely Heart y otra media cuando las vió, pobremente escenificadas, cinema verité, en los noticiarios del cine de verano de la villa. Incluso se puso en contacto con un sesudo profesor de Etica y Filosofía por si le interesaba la cosa como tema de investigación doctoral.

Dada la popularidad de lo acontecido en su ni corta ni larga existencia, no dudó en ofrecer su testimonio a un editor, señor algo estrábico que le aseguró que a nadie podía interesar lo que sabían ya hasta los gastos de los callejones más malolientes.

Pero ella había nacido para ser escuchada. Así, no dudó en erigirse en líder de una manifestación de verdes en contra de vertederos. Como una Olimpia de Gouges cualquiera, clamante de su libertad, Lolita tomó el megáfono y dijo con su enequívoco acento de forastera: “El medio no será respetado mientras todos y cada uno de nosotros no seamos felices. Y todos y cada uno de nosotros no seremos felices hasta que no desahogemos nuestro corazón de toda amargura”.

Lolita, efectivamente, y tal como pediría en adelante la plebe anónima, se tuvo que ir a su casa. Los abucheos llegaron hasta su remotísimo país de origen. Y al día siguiente, cuando, presa de indescriptible emoción, se disponía a arengar a las masas a través de Radio Cincinatti Libre, un formidable gentío dejó oír sus aún más formidables voces: **"Lolita go home"**, gritaba el populacho, sediento de dulce venganza y paz.

Ruleta rusa

La condesa Angustias jamás olvidaría el día en que conoció el bingo. Bastante acostumbrada al azar y sus juegos, la todavía presidenta de la Oil Company experimentó sin embargo una sensación de anonadamiento que degeneraría en tristeza. En realidad, la contumaz repetición de la palabra línea le trajo a la memoria aquello de raya punto, punto y raya, abecedario de aquel telegrafista que llenara sus más adolescentes años. Pero, una vez superado tan violento retorno al lejanísimo pasado, la objeción que le puso al juego fue que, para su gusto, no provocaba sensaciones y emociones realmente fuertes. Y es que ella siempre ha sentido una especial debilidad por la ruleta rusa, sobre todo desde aquel día en que, entretenidos en tan inocente pasatiempo, aquel carcamal que la perseguía de continuo se levantó la tapa de los sesos. Y es que tiene una suerte que casi no se merece; su buena estrella siempre la protege. A ella le gusta repetir esa vieja frase de desafortunada en amores, afortunada en el juego. No es que las tenga todas consigo porque casi siempre le tiembla el pulso, cuando le llega el turno por su rostro nacarado y reluciente de cremas y tónicos se deslizan en esas ocasiones, breves gotitas de sudor y la intensa transpiración de, en general, todo su cuerpo, amenaza esconder el calido aroma de Chanel número cinco que es lo único que acostumbra ponerse para dormir tal como hiciera la sin par Marilyn. Tiembla la condesa, todo es silencio, silencio crispado e interrumpido únicamente por el tintineo de sus

múltiples pulseras de oro. Sus deditos largos de uñas rojísimas e infinitas empuñan el revólver, accionan, con suma suavidad, el gatillo y clic, clac, nada. Un calorcillo gratificante y placentero le sube por las piernas y le inunda el cuerpo por completo. Se relaja, toma un sorbo de vodka y le pasa el arma a su compañero, no sin dejar de acompañar el acto con una mirada tiernísima que se corresponde con no menos tiernísimas insinuaciones. El galán de al lado —siempre el próximo en su lista galante— suele ser rubio, como es de su gusto, de lánguidos ojos, pocos años y tez barbilampiña. Y casi siempre, trémulo e indiferente, ignora sus generosos y ocultos ofrecimientos para, queriendo pasar rápidamente el trago —amarguísimo— disparar y...efectivamente disparar. Y entonces Angustias se lanza sobre el cuerpo del que podría haber sido su nuevo amante y en vano —una tras otra vez— intenta hacer que se siente derecho. Pero nada, el fulano se va quedando cada vez más frío ante ella, lo que Angustias suele interpretar como una ofensa personal. La primera experiencia de este tipo la marcó profundamente. La condesa Angustias jamás olvidaría el día en que conoció el hielo.

Mi criado chino

La playa era mía. La hamaca era mía. El chico que me traía los refrescos también, así como las 3.500 hectáreas que se extendían desde la orilla del mar hacia el horizonte, incluida la carretera que, tras pago de su religioso peaje, era de vez en cuando invadida por el zumbido de algún auto, previamente alimentado en algunas de mis gasolineras. La West Oil Company, excuso decirles que también era mía como ya saben los contumaces lectores de *who is who*.

Y tanta propiedad se traduce en dinero, mucho dinero, que a mí, casi siempre me ha dado la felicidad, además de calmarme los nervios.

Como todo me pertenecía de una manera tan natural, evidente y notoria no puede por menos de sorprenderme cuando ¡oh estupor!, vi aquellos seres en mis dominios que, arma en mano, me urgían a que ¡qué insolencia!, recorriese los escasos metros que distaban de la playa a mi residencia con el simple propósito de entregarles mis joyas.

“Hace demasiado calor, muñeco”, le contesté al primero, al más negro y barbado que dio unos pasos más hacia mí”. “Pero mira que eres hortera, chaval; para qué iba a traerme aquí los rubies y los zafiros”, dije yo porque con aquel sol y aquel sofoco me resultaba intolerable su ignorancia en materia de elegancia.

Pero él, nada, como que se atrevió a cruzarme la cara. A mí; “Cuidado, que acabo de llegar de Rumanía”, exclamó.

mé temiendo que volviera a encogerse el cutis recién estirado. ¡Pandilla de chulos! grité pero sin perder las formas. “Andando, señora”, me ordenó el negro, mientras me clavaba, ¡ay!, en un costado el metal duro de su smith and no se qué.

“Señorita, si no le importa” le contesté peinándome coquetamente el flequillo por ganar tiempo y por ver si se me ocurría algo porque con el bronce que estaba ligando en ese momento no me apetecía nada pisar el frío suelo de la casa, ni ver la cara china de mi criado chino.

“¿No les apetece una copita”?, aventuré, señalando la mesa que, a cubierto del sol por una sombrilla, guardaba los manjares que me prohibió la doctora rusa. “¿Un poco de caviar, tal vez?”. No les apetecía nada. Lo único que conseguía hacerles la boca agua eran mis zafiros y amatistas.

Mi cuerpo gentil tampoco les decía gran cosa a aquellos macacos. Pues no es porque esté yo delante, pero a pesar de mis cuarenta y tantos estoy de bastante buen ver (mis buenos dólares llevo invertidos en mi cuerpecillo de Paulova).

“Muchachos, carecéis de imaginación”. Dije y, con supremo gesto de dignidad ofendida, les arrojé las llaves de casa, la combinación de la caja fuerte y veinte duros para un café. ¡Ay! suspiré pensando en aquel tan bruto. Y buscando la dirección del sol me tumbé en la arena pensando en aquellos malhechores de antaño, cuando oí unos alaridos tremendos y un súbito silencio después. Tendré que ir a Persia a por una alfombra, pensé. Es que a mi criado le molesta mucho que le interrumpen cuando corta el bacalao. Y es capaz de cualquier cosa.

Una noche en la OPEP

No estaban ni Groucho, ni Chico ni Harpo, ni tan siquiera el guaperas de Zeppo. Me había confundido de película. Había una mesa larguísima, un montón de teléfonos, servicio de intérpretes, güisqui y la confusión de Babel en un montón de rostros cetrinos. Árabes, muchos árabes, ataviados, los más, con demasiadas ropas para la época del año y para las naturales reglas de la seducción, llenaban el salón de la conferencia. Me miraban mal, todos me miraban de reojo: los venezolanos, los de los emiratos, los irakies, los mexicanos y hasta el elegante camarero que, para mi desencanto, no trajo aceitunas sevillanas rellenas de anchoas que son las que más me gustan. Eran un tanto cavernícolas, la verdad, y hablaban todos a la vez, golpeando la mesa con los voluminosos dossiers de precios, producción y exportación y, de cuando en cuando, le echaban un vistazo a mi escote, que no era ese día más pronunciado de lo habitual. Por unos audífonos, que me hacían cosquillas en los oídos, me llegaban las traducciones de los gritos que emitían aquellos energúmenos. No decían nada interesante. Era un coñazo, la verdad. Ya me había dicho mi criado chino que me iba a aburrir, pero yo no sé por qué estaba empeñada en que alguna amenización musical tenía que haber.

A las dos horas estaba harta y a las tres, tenía ganas de hablar de cosas más emocionantes “¿Y qué tal Farah Diba?” le pregunté al colega de al lado. O no me entendió o no había tenido tiempo de comprar el último *Hola* porque me miró con cara insustancial y no me contestó.

La sesión prometía ser interminable, hubo un pequeño descanso que sirvió para pasar al buffet del salón contiguo. Yo intenté aprovechar la coyuntura para, entre el huevo hilado y el pollo con almendras, entablar relación con alguno de aquellos señores tan raros y es que soy de natural muy comunicativa. Pero, ¡oh decepción!, la mayoría lo único que sabía decir en cristiano era: “¡Ole, ole!” y no era cuestión de recurrir al servicio de intérpretes que se estaba poniendo, en ese momento, las botas. Pasamos otra vez a la conferencia y se sucedieron tediosas horas con el crudo para acá y el crudo para allá. Frita me tenía a mí; por suerte comenzaron a discutir violentamente, a formar tal barahunda de voces, golpes, carraspeos e intentos de quitarse la palabra unos a otros ante la impotente desesperación de los traductores, que la cosa llegó a despertar nuevamente mi interés. Esto es mejor que el music hall, me dije, sospechándome que llegarían a las manos, a las solapas y a los turbantes. “Se va armar”, pensé y me repantigué en mi asiento dispuesta a no perderme detalle cuando un tío canijo de los emiratos árabes que había estado bien calladito durante mi hastío anterior, se me aproximó. Me miraba con ojitos dulces, y me largaba una monserga que ni Alá entendía, “I don’t understand” gemía yo, ante la injerencia del fulano entre el lío y mi persona.

Hablaba en francés, en alemán y en sueco y me tenía a dos velas. Por fin decidió emplear el lenguaje universal de las señas, el inequívoco mensaje de los gestos. Lo entendí ¡vaya que si lo entendí! Me levanté ante la sorpresa de todos y empecé a golpear su cabeza con mi bolso de cocodrilo, desplazando la atención de los productos energéticos a la energía de mi ira. Toda la conferencia nos miraba, embobada, embrujada, estupefacta.

Las cuestión era sencillamente ultrajante, primero, porque no me gustaba ser la 105 mujer de nadie y, segundo,

porque mis acciones de la Oil Company no se las doy ni a mi padre ni a Mahoma.

Me levanté dignamente, di un portazo de película y me juré que aquella sería la última noche que iba a la OPEP.

Nomeolvides

Era conmovedor. Llevaba ya tres horas en aquella esquina; se arreglaba la corbata, se colocaba el pañuelo que sobresalía del bolsillo superior y encendía, uno tras otro, finos cigarrillos de tabaco inglés. Portaba un gentil ramito de nomeolvides que le inutilizaba por completo la mano derecha. Miraba con regularidad la hora y se pasaba los dedos por el pelo recién cortado sobre la nuca.

Era uno de esos rubitos cándidos y temblorosos, de ojos absolutamente azules y ademanes trémulos.

Vestía con perfecta corrección, aunque con ese toque de menesterosidad que dan las prendas que han sido sucesivamente retocadas, de acuerdo al vaivén de las modas. Pero era un galán de lo más prometedor. Y llevaba más de tres horas en aquella esquina. Del tiempo transcurrido daba fe el reloj de pared que me trajera de Lausana.

Era una de esas tardes de lángüidez absoluta, esas tardes de mírame y no me toques en las que es mejor recluirse en casa entre obligaciones largamente relegadas, cartas por contestar y viejas fotografías de familia. Era una de esas tardes en las que me sentaba frente al mirador, en las que me satisfacía ver solamente deambular la vida ante mis ojos, testigo oculto para los otros.

Había pasado las cinco y las seis y las siete y el té humeante, y había quebrado la paz de la sala una llamada a larga distancia y el ladrido de un perro y un recuerdo molesto.

Yo miraba al rubio de la esquina, con desinterés primero; con intriga, más tarde y, finalmente, con una lástima irreprimible.

Llevaba tres horas, los nomeolvides perdían su fragancia, la tarde su color y el joven, las esperanzas.

Y aquella morena que no aparecía, la muy desaprensiva. Pensé que no era justo romper corazones con la facilidad de quien rasga una hoja en blanco. Corazones destrozados en las esquinas. Si la esperaras en cadillac, vendría. Si no fueras tan tonto, no te habrías colgado ese traje de domingo, ni habrías comprado nomeolvides ni habrías elegido esa esquina tan incómoda para esperar. Con lo exquisito que es el Ritz.

Pusiste un cigarro en tus labios, sacaste de la americana el mechero y lo encendiste, guardaste el mechero, aspiraste la bocanada y lo pusiste entre unos dedos que se morían; todo con la única mano hábil. Con tanta distracción sólo te diste cuenta de que llovía cuando se te empezó a mojar el terno y el suave cabello corto y el pañuelito azul y la corbata y el ramito envuelto en papel de plata. Estalló la tormenta: goterones y relámpagos y truenos, y viandantes que huían del aguacero y tú allí, sin saber que hacer. No puede resistir más, corrí escaleras abajo y te agarré de las solapas.

Te aflojé la corbata, te ofrecí oporto y, cuando tus ojos absolutamente azules y fracasados empezaban a aguarse, te nombré mi asesor en asuntos económicos. Porque lo último que hubiera podido soportar aquella tarde habría sido un hombre llorando frente a mí.

La flor de la canela

Le había dado el día libre a Chin Chin. Felipe estaba en Kuwait, Error en el psicoanalista y Oscarcito y el resto de la servidumbre en la casa de la montaña. Reinaba imperiosamente el silencio, para mi delicia; me hallaba recostada en una otomana tratando de superar el mortal dolor de cabeza que me sobreviene a la sobredosis de wodka. Reposaba indolente, y repasaba mentalmente los sucesos de la víspera. No había sucedido nada trascendental, la verdad sea dicha; el número acostumbrado de fieles cayó a mis pies, mitad por lo saneadísimo de mi economía y mitad por la proverbial voluptuosidad que me caracteriza. Una fauna sin mucho interés, por cierto.

Estaba pensando en ese momento en la necesidad de dedicarme a algo de utilidad y provecho como, por ejemplo, dar una capa de esmalte rojo a las uñas de mis pies cuando me acometió una sed parecida a la que sentí cuando visitaba a los tuareg.

Atrevesé el pasillo repleto de óleos sacados ilegalmente del Museo del Prado, el saloncito de las cornucopias y el mirador de las plantas exóticas y llegué a la cocina.

Me disponía a verter la burbujeante pepsi en el vaso de bordes rosas cuando un señor al que nunca había visto me increpó.

— ¡Cuidado! parece limpio pero no lo está. Use éste, me dijo mostrando un vaso gemelo —“Advierta, advierta la diferencia...”.

El señor llevaba corbata, terno nuevo y un bigotito del mismo tono que su cabello. “¿Qué hace usted en mi cocina?” indagué—. El visitante me miró con extrañeza como si fuera la primera vez que, en parecidas circunstancias, le hacían semejante pregunta.

Pasó por alto mi comentario y prosiguió:

— ...El primero ha sido lavado con su lavavajillas habitual y el segundo, con el nuevo Limpiasol...

“No habrá usted venido aquí para insultarme! exclamé yo, más patidifusa aún que al principio de su cháchara.

— Observe, observe, está tan limpio que puede usted mirarse en el cristal de su vaso como si fuera un espejo.

Yo trataba de hacerle comprender a aquel buen hombre que justamente cuando tenía un vaso en las manos era cuando en menos condiciones de mirar me encontraba yo. “Además, le atajé yo, tengo suficientes espejos en mi casa...”.

— 99 de cada cien amas de casa se han pasado al Limpiasol, seguía aquel tipo sabihondo recitándome, sin que hubiera forma humana de hacerlo salir de mi cocina.

Intenté con arteras mañas llevarlo al tendedero por aquello de que, en un momento dado, las cuerdas de tender ropa pueden ser armas defensivas nada desdeñables. Pero su reino era mi cristalería porque ahora la tomaba con las copas de champán y ponía sus maliciosos y codiciosos ojillos en la sobera y todo el juego de platos que formaban parte de mi patrimonio doméstico.

— Señora, pasesé a Limpiasol y no se arrepentirá, su vida cambiará y su marido advertirá la diferencia.

No me dió tiempo a contarle que yo no tenía marido sino muchos planes porque aquel contumaz defensor de la

blancura me estaba vendiendo una remesa de 250 botecitos de Limpiasol, inversión, que me empezó a parecer ventajosa si con ello conseguía deshacerme de aquel visitante tan inoportuno.

Me había vencido, puse cara de vencida, con entrecortadas frases vencidas admití que nunca me pasaría a otro lavavajillas, que Limpiasol sería mi definitivo auxiliar que solo con él le pondría los cuernos a mi marido...

Entonces, aquel sujeto de bigote, triunfante, salió de mi casa, de mi cocina y de mi vida, silbando, feliz y ufano, la flor de la canela.

Eres tonto y en tu casa no lo saben

Eres tonto y en tu casa no lo saben. Eres tonto, con avaricia, con alevosía, con premeditación y sin remedio. Y no te enteras de la misa la media, y eso que te pasas los días, con tu cara de mono-membrillo, pegado a la luna de la televisión, a la luna de Valencia de tu único cielo. Mira que te lo dije bien claro: quiero que me regales diamantes que son para toda la vida. Pero tú, como si nada, te vienes a la mañana siguiente con media docena de claveles chuchurríos. Y es que no te enteras de lo que a mí me va son las orquídeas, el perfume francés y los vinos espumosos de la cosecha del 54. Claro que como tú no estás acostumbrado al gran mundo, no se te puede pedir demasiado. Pero de ahí a venir con un don Nicanor tocando el tambor el día del cumpleaños de Oscarito me parece demasiado. Acuérdate que el francés le regaló un mini ordenador y Johnny, el muy sanguinario, un rifle de repetición. Pero tú, siempre dando la nota, con la excusa de fomentar la imaginación del muchacho te presentaste con aquella birria.

Tampoco fue muy acertada tu manera de conducirte con mis invitados, ni tus continuas alusiones a las noches del trópico, con lo sensible que es Error, y no digamos nada de tus remilgos cuando Chin Chin nos hacía probar su última delicia imperial. Fuiste un grosero por mucho que hubiera una mosca en la sopa.

Pero ¿a tú qué te enseñan en la Universidad aparte de esas estúpidas frases de Maquiavelo y Voltaire que tienes siempre en los labios?

Valiente cultura la tuya, mucho leer, a Spengler y luego ni sabes descifrar la carta de Maxim's. Es la última vez que te llevo a París, mi cielo. Todavía me duelen los pies de caminar por tanto barrio bajo, soportando tu cháchara sobre la Bastilla y Dantón; bastante me importarán a mí semejantes estantiguas. Mira, todo lo que sé es que eso ya lo ví en una película y ni siquiera me gustó Gerard Depardieu.

Las cosas como son, era una lástima tener la limusina negra aparcadita en la puerta del hotel mientras se me derretían los zapatos. Pero me pregunto y, la cabeza a tú ¿te sirve para algo más que no sea echarte gomina en el tupé?

La verdad es que ya no sé qué hacer contigo porque el tuyo es un caso irrecuperable. Estás pasado de moda, a quien se le ocurre decir que la intención es lo que cuenta. Lo que cuenta, vida mía, son los diamantes. Y ahora, por haber sido tan malo te voy a regalar un reloj Seiko porque como tú eres tan tonto eres capaz de probarlo en la silla eléctrica.

Fuego en vez de amor

Siempre miré con particular recelo a Giorgino. Ciertamente no pude evitar un involuntario estremecimiento la primera vez que lo ví. Me dijeron que formaba parte de la Cosa Nostra y a mí me dio en pensar en alguna asociación para la colectivización de las riquezas. Ah, no muñeco, me dije, lo que es a mí, nadie me quita los diamantes, la cuenta suiza y las acciones de la Oil. Después me enteré que el asunto tenía más que ver con el crimen organizado que con la desprivatización de los bienes y todo me pareció mejor. De cualquier forma siempre fui yo demasiado independiente como para echarme socios, así que fue todo un alivio comprobar que Giorgino no me visitaba por deseo expreso del capo.

En verdad no quería desairarle pero tampoco acostumarle a mis guisos, los marcianitos de Oscarito o las ceremonias secretas de don Gumersindo. Por otro lado resultaba absolutamente natural que el muchacho no se aburriera a mi lado toda vez que nunca se vio por los contornos una mansión más concurrida que la mía. ¿Qué hacer?, me preguntaba yo como en otros tiempos pensadores más conspicuos y radicales. De momento dado que lo mío no era exactamente encontrar soluciones, dado que no quería abusar por que estoy convencida de que existe una relación directa y estrecha entre el encanecimiento y el vano consumo de materia gris y dado que mi pitonisa se encontraba de vacaciones en Mendoza, su ciudad argentina natal, decidí dejar pasar el tiempo.

Transcurrían los días. Giorgino estaba empeñado en que le enseñara mi álbum de fotos para, con un golpe de vista, adueñarse de mi pasado como si no le bastara la infinidad de patrañas que ya, de viva voz, yo le había contado.

El por su parte me hablaba de Palermo, de su infancia por las calles de la isla, las canciones sicilianas y una larguísima sucesión de aventuras que sólo se animaban con ráfagas de metralleta. La verdad es que yo prefiero a Robin Hood, le susurraba al oído a Oscarcito quien, a la sazón, leía aventuras del héroe de los bosques en una edición con viñetas y colorines. A Oscarcito le gustaba Giorgino. A mí si no fuera por la ancha cicatriz de la frente, los ojillos de perro faldero y cierta expresión de confidente perpetuo me habría agrada-do porque la verdad que tampoco está la vida últimamente para hacerle ascos a nadie. Pero lo que me pidió fue sencillamente inaudito. Nada de aventuras galantes ni de luna de miel en Chicago en donde compartía una pocilga de no sé cuántos metros con Eddy, el bonito. Nada de “muñeca, quedáte conmigo siempre”. La cuestión era que Giorgino, un iletrado total, como quiera que conocía la circunstancia de la presencia de don Gumersindo como preceptor de Gramática se había empeñado en que le escribiera yo, en su nombre, una emotiva carta a su mamacita que aunque tampoco sabía leer se la llevaría al cura del lugar. Desde entonces, desde que sé que no está aquí por mi palmito, tiemblo.

Yo no quiero entrar en tu negocio, le digo, implorante con los ojos y pienso en cómo, el muy marrano, rociaría de gasolina mis alfombras persas en caso de negativa.

“¿Fuego”?, me ofrece mucho antes de que mis dedos temblorosos extraigan el cigarrillo de la pitiollera. Como si adivinara mis pensamientos.

Espérame en el cielo, “corasón”

Espérame en el cielo, *corasón*, si es que te vas primero. No me hagas lo de siempre, dejarme en la estacada, cambiarme por Pola Negri, marcharte al fútbol cuando intento seducirte. Cariño, no te olvides de los viejos tiempos, fabulosos golpes a golpe de metralleta, cuando hacíamos saltar la banca en los casinos, cuando le birlábamos los brillantes a las baronesas y dábamos el esquinazo a la *pasma*.

Qué manía la de marcharte antes de que se acabe la película! Después no sé que hacer con el cucurucho de palomitas y no encuentro otros pantalones en los que pegar el chicle usado. Además, ya sabes cómo me gusta darte codazos en el estómago cuando el fulano va a salvar a la chica. Y lo mucho que me río cuando te pillo por sorpresa y tú dices ¡¡¡augh!!! y me miras con cara de rayos y centellas.

Vida mía, sin ti no sabría qué hacer, a quién sisarle, en dónde apagar las colillas ni a quién tirarle los ceniceros de porcelana. Nadie se agacha tan bien como tú nadie, nadie los esquiva con tanta gracia, nadie me parte la boca con tantos remordimientos. Y es que eres único, pareces un mapa con tantas quemaduras y navajazos pero a la lengua se ve que eres un hombre duro. De otra forma no resistirías mis guisos.

Vaya, tú sabes que yo te lo perdono todo, hasta lo de aquella rubia a la que invitaste a dormir el día de nuestro aniversario o la tailandesa que te llevaste a Montecarlo con

la excusa del lumbago. No sé por dices que no soy la mujer de tu vida, si somos la pareja perfecta. Reconozco que soy un poco brusca, que tengo muchos prontos, que te controlo y no me controlo pero esa es mi forma de querer. La culpa de todo la tiene la cerveza, te ha hecho engordar y ya no estás tan ágil y a lo mejor, aunque no quieras reconocerlo, eres también un poco miope. Porque te juro que yo el pisa-papeles te lo tiré de broma no porque me llamaras foca. Y con la puntería que tengo no esperaba ni remotamente acertarte. Y ¿ahora qué le cuento yo a tu madre?

Un asunto tenebroso

Demasiado sabía yo que no eras un beduino auténtico. Estabas en una fiesta de disfraces y me mirabas con intensa fijeza desde el turbante oscuro que sólo salvaba tus ojos como ascuas. Demasiado sabía yo que tu cuerpo gentil no habría sido nunca azotado por las arenas del desierto y que no conocías más camello que el habitual proveedor de tu calle, que tampoco es de los más exóticos que se encuentran en la ciudad.

Pero me daba lo mismo. Con o sin sin difraz, tú eras lo importante. A propósito te confundías con algunos otros bailarines que se escondían bajo vestimenta idénticas a las tuyas, menos parduzcas tal vez, enfundadoras de palmitos mucho menos airosos sin duda. Lo hacías para sorprenderme desde cualquier ángulo inusitado, para descubrir la autenticidad de mis intenciones, la persistencia de mi veleidosa atracción.

Lo nuestro fue un flechazo que convirtió aquella infecta sala de fiesta en la **Kasbah** en la que tú, como en los anuncios, me salvabas de un tumulto de moros; el whisky barato se transformó en mirra y las pintarrajeadas cotorras al borde del último naufragio eran ya las huríes del jardín de Alá. El amor todo lo salva.

Tú revoloteabas, yo llevaba repetidas veces el cigarro apagado hasta mis labios encendidos con un gesto muy coque-to, frustrado en el momento en que me ofreciste fuego y caí

en el horror; me ruboricé porque es lo más eficaz en estos casos y porque realmente no acabo de acostumbrarme a mis contumaces torpezas; se me quedaron los labios fríos, el corazón en ascuas y me cayó ceniza en la camisa nueva. A lo mejor es verdad que sólo querías sacudírmela pero a mí no me quedó más remedio que atizarte una bofetada cuando encontré tus blancas manos sobre lo, en ese momento, más palpitante de mi anatomía. ¡Atrevido!, ¡grosero!, grité y tú, en el colmo del descaro, farfullaste unas palabras en árabe.

No me quedó más remedio que levantarme muy digna y abandonar aquel lugar de pecado y corrupción porque no cabe duda de que una cosa es libertad y otra bien distinta el libertinaje, dilema moral que no me impidió volver a la noche siguiente el hiriente láser y la luz de la exhibición desapasionada. Te busqué con mi mirada de gata, te vi en la oscuridad y traté de persuadirte, afanosa, con mis ojos. Ibas esa noche de muerte roja —aunque más bien tirabas a naranja—. La capucha te volvía difusas las facciones pero eras tú. Sin duda. Bailabas. Bebías un brebaje que sabía a mil demonios y que, una vez entabladas relaciones cordiales, te empeñabas en que yo apurara también. Pero estaba visto que lo tuyo era la osadía porque, de nuevo te abalanzaste sobre mí y si no llega a ser por un amigo cercano esta vez sí que me cortas la respiración. Tenías bien escondida la guadaña y nadie supo en que idioma hablabas cuando te interrogaba la policía.

Lo más tenebroso del asunto fue encontrarte al día siguiente revisando, como si nada, mis archivos. Como asesor en asuntos económicos la verdad es que no tienes precio...

Tú no tienes corazón

No estuvo bien lo de aquella tarde, con el frío que hacía... Todos se habían ido ya a los refugios, la noche empezaba a caer en la montaña y mientras nuestros amigos tomaban vodka con naranja, acurrucados junto al fuego, tú me dabas el esquinazo.

A tanta distancia el pobre Chin Chin no podía oírme y yo lloraba de rabia; una chica frágil y sola perdida en mitad del monte, es una cosa seriamente triste. Destrocé los zapatos, gasté los kleenex y tuve que seguir con los bajos de la camisa porque estaba inconsolable. De milagro no me comieron los lobos, en el supuesto de que los hubiese en aquella región. Y todo por qué, por una nimiedad, por declararte en privado cosas que no osaba en público. Llegué hecha una pena y tuve que pasar un mes en un balneario alemán con los libros de Pérez y Pérez por toda compañía. A Chin Chin, para evitar complicaciones, le dije que había ido a Rumanía a solucionar la última arrugita que me había salido en el entrecejo.

Tampoco fue muy elegante que me golpearas en público en aquel restaurante al que te invité a comer ostras y champán, ni que me dejaras colgada del teléfono tres horas con la excusa de que acababan de llamar a la puerta. Con lo caras que me salían las conferencias desde Tokio. Pero la verdad sea dicha, nunca fuiste un caballero, en absoluto galante y no digamos sensible o comprensivo.

Tampoco me explico por qué no apareciste en el aeropuerto cuando ya tenía los billetes para Tailandia. Con lo difícil que fue conseguir la supersuite de cinco habitaciones, tres cuartos de baño y un despacho para que trabajaras en tus chorradas, si es que a eso le llamas trabajar...

Tampoco fue muy delicado de tu parte que pasearas por mi calle abrazando a tus últimos ligues, ni que me pusieras un ojo morado por seguir insistiendo en verte. Reconoce que fue exagerado que quisieras atropellarme dos veces y estrangularme cuatro por decir que eras el hombre de mi vida. Me costó miles de dólares la quinta de reposo y el psicoanalista.

La verdad es que lo tuyo es desmesura y lo mío, monomanía. Pero llegados a este punto me parece a mí que tú no tienes corazón. ¡Mira que no cederme el paso cuando, por cruel casualidad, nos encontramos en la puerta de un cine! Eso si que no te lo perdono.

Jacinto, la condesa y Carl

Nunca pude explicarle, satisfactoriamente, por qué cuando me lo presentaron, solté una estentórea carcajada. Sus manos eran blanquecinas, casi húmedas y blanduchas como si carecieran, como las de todo mortal, de tarsos, metatarsos y falanges. Pero, como es natural, en ello no había suficiente motivo que moviera a risa. La cuestión es que, a su condición nívea, unía el nombre de Jacinto.

Y tampoco, me dirán ustedes, la cosa era para mondar-se. Lo difícil del asunto habría sido extenderme, estando en las proximidades de Wall Estreet, en aquella historia pueril. Tendría que haber resucitado a la niña Angustias, flequillo torcido, trencitas y pirulís y una vieja sesión de guiñol en la que el títere, tras un intermedio en el que recomendaban bebidas refrescantes, nada espirituosas y sencillamente vomitivas, contaba que se llama Jacinto.

“Todos me llaman Ja, me quitan el cinto y se me caen los pantalones”, decía el monigote. A mí el flequillo se me revolucionaba de la risa y el pirulí se me disparaba en dirección al ojo de un señor gordo que me miraba las rodillas. Y es que aquéllo me parecía sencillamente fantástico, el culmen de toda literatura jocosa, escrita u oral.

Era evidente que más de veinte años después, aquel era sencillamente otro Jacinto, ajeno a la cachiporra y los teatrillos, pero aun así, su sola presencia evocaba en mí convulsiones de la más incontenible hilaridad.

Para colmo, Jacinto, pariente cercano de mi asesor en asuntos económicos, acudía con frecuencia a mis veladas — tertulias sanísimas que vinieron a sustituir a las de opio y mescal muy en boga en aquel momento—, Jacinto, digo, acudía a mis veladas con la pretensión, muy justa y humana, de conquistar mi espíritu y mi escaso y corto intelecto para bien de la humanidad, toda vez que el pelafustán pretendía que yo fuese la desinteresada mecenas que financiase la edición de unos dramas horrorosos que el muchacho, que tenía el vicio de las letras, había escrito.

Trataban las mencionadas obritas de unas tragedias en las que los hijos se enamoraban perdidamente de sus madres y los padres, del chico del supermercado que traía la compra semanal. Como quiera que a estos efectos turbios se unían unos terribles conflictos de conciencia y un repaso muy aburrido al Kama Sutra revisado, yo no podía soportar la lectura de la tal obra sin bostezar, en el caso de encontrarme en completa soledad. En caso contrario, es decir, si Jacinto me extendía sus manos de manteca y estaba presente, no podía evitar yo lanzar el agudísimo silbido aprendido en mis años mozos, al que seguía la inexorable orden de: “Taxi, pa la Tiñosa”, que tal era el chascarrillo que regocijaba mis tiernos días. “Las condesas de hoy ya no son como las de antes”, exclamaba, a todo esto, triste y resignado, Jacinto. Harto de mis sandeces Jacinto, que siempre decía que Jesús Ferrero le robó la historia de **Belver Jim**, decidió una noche cogerse la borrachera del siglo. Pero como lo suyo era ir de avanzadillas se cogió también la del próximo y en esas —locuras, desvarios y excesos— conoció al que sería el hombre de su vida: Carl, enamorado a su vez de Lorenzo Lamas. Carl y Jacinto al mirarse reconocieron que pertenecían a la misma clase, a la de los vencidos. De esa certeza surgió una larguísima relación. Pero esa ya es otra historia.